



Tratan los caballeros de atar á Orlando. (T. II, p. 333.)

No logra darle muerte;
Mas pálido y exánime lo arroja
Sobre la tierra, roja
Con la sangre que vierte
Por la nariz y por los ojos. Puestos
En pie de nuevo Astolfo
Y Dudon (este con el rostro hinchado),
A Sansoneto agréganse, dispuestos
A sujetar cada uno por un lado
Al terrible Roldan. Dudon lo aferra
Por detras vigoroso,
Y quiere de un traspies echarlo en tierra,
Mientras con grande auxilio y embarazo
Consigue Astolfo sujetarle un brazo.

Cual toro á quien hostiga
De audaz alano el implacable diente,
Furioso corre, y, con bramido ardiente,
Sacude la cerviz, sin que consiga
Hacerle nunca abandonar su presa;
Así, sus lazos por soltar, no cesa
De hacer esfuerzos el terrible Orlando.

Del suelo, á do funesto
Golpe le hizo venir, alzóse en esto
Oliveros, y allí considerando
Cuan difícil empresa
Es sujetar á aquel furioso, un medio,
Que no duda que el éxito corone,
De derribarlo á los demas propone.

Que le traigan ordena varios cables,
Y un lazo corredizo
Haciendo de cada uno, atar al conde
Los brazos formidables,
Y las caderas, y las piernas hizo.
Dando luego los cabos
A los héroes mas bravos
De aquella noble y fuerte comitiva,
Cual á buey ó á caballo, lo derriba.

Viéndole en tierra, acude

ALFONSO DE LEY
1874

Gente infinita y pies á tale y manos;
 Por desasirse de ella se sacude
 El conde audaz, mas con esfuerzos vanos

Por devolverle el juicio,
 El jóven duque conducirlo ordena
 A sitio mas propicio,
 Y el robusto Dudon sobre su lomo
 Junto á la mar depónelo en la arena.

Astolfo allí lavarle siete veces,
 Y siete veces zambullirlo, manda,
 Por arrancar la costra de basura
 Que su faz y sus miembros desfigura.
 Luego con cierta yerba,
 Que con solo este fin ha recogido,
 Tapar le hace la boca; comprimido
 El fuerte aliento en su nariz conserva,
 Y el vaso destapando
 Que consigo llevaba, y que de Orlando
 La razon contenia,
 Se lo aproxima á la nariz, de modo
 Que Orlando al respirar lo absorbe todo,
 Y en el instante ¡oh singular portentoso!
 Claro y lúcido, mas que ántes acaso,
 Recobra su perdido entendimiento.

Cual aquel que en molesta pesadilla
 Vió, lleno de terror y maravilla,
 Mil fantasmas extrañas é imposibles,
 Apénas puede convencerse luego
 De que aquellas imágenes terribles
 De su imaginacion son solo un juego;
 Así maravillado y confundido
 Orlando queda cuando en sí se vido.

Y de esta confusion bajo el influjo
 Contemplando en silencio á Brandimarte,
 Al inglés y al hermano de Alda bella,
 En la causa medita que condujo
 Hasta aquel sitio su extraviada huella.
 De la una á la otra parte

Tiende la vista inquieta,
 Sin saber donde está, ni por que causa
 Sus miembros tanto cable así sujeta.

Despues de larga pausa,
 Con rostro tan sereno:
 « Soltadme » grita, cual gritó Sileno
 Cuando preso se vido en cueva oscura,
 Que cada cual, llegando, se apresura
 A desatar sus lazos; de una parte
 De sus ropas cada uno se despoja,
 Y á Orlando presentándolas, procura
 Mitigar la congoja

Que de su desnudez y su locura
 El recuerdo le da. Su antiguo estado
 Recobrando el intrépido guerrero,
 Cuerdo y sagaz se halló como primero,
 Y de tal modo de su amor curado,
 Que, infame y vil apellidando á aquella
 Que tan amable y bella
 Antaño reputó, su ingenio quiere
 Todo apurar por encontrar un medio
 Con que su antigua fama recupere.

Bardiño en tanto á Brandimarte expone
 Como, muerto su padre Monodante,
 A ofrecerle su trono en nombre viene
 De su hermano Ziliante
 Y de las gentes que insulas diversas
 Pueblan, de Oriente por el mar dispersas,
 Y que forman el reino mas fecundo,
 Mas rico y mas feliz de todo el mundo.

Dicele que el deber tornar en breve
 Le manda hácia su patria, donde luego
 Que del sosiego las dulzuras pruebe
 Conocerá cuan necio
 Anduvo miéntras, por el orbe errando,
 Tuvo á la paz en odio ó menosprecio.

Brandimarte responde que de Orlando
 Bajo la enseña terminar le agrada

Por Carlos esta guerra, y terminada,
Podrá luego ocuparse seriamente
De aquello mas ó ménos conveniente.

Dudon su armada de Arles hácia el golfo
Dirige, así que el nuevo sol despunta;
Mientras Orlando á Astolfo
Su situación en África pregunta.
De ella enterado, de Biserta parte
A acelerar el vigoroso asedio,
Gloria dispuesto á dar por este medio
Al duque, de quien sigue el estandarte.

Como, cuando y por donde
A Biserta se embiste,
Si bien ó mal su gente se resiste
Al ímpetu del duque y al del conde,
Permitid calle aquí, y os diga en tanto
Cual es del móro en Arles el espanto.

En medio del mayor de los conflictos
Se vió el rey Agramante abandonado
Por los mas de los jefes sus adictos.
A refugiarse dentro de Arles vino,
Con Marsilio y su gente, el rey Sobrino.
Cual estos recelando
En querer resistir peligros graves,
Al piélagó su suerte encomendando,
Saltan todos los otros en sus naves.

La lid, magüer que desigual, sostuvo
Mientras pudo Agramante;
No pudiendo al fin mas, huyendo, anduvo
A la ciudad, de allí poco distante.
Bradamente, que anhela
Quitar la vida á aquel que de la vista
De Roger la privara, con la espuela
Estimulando á Rabicano, vuela
Del musulman monarca por la pista.
De su padre la muerte
Queriendo vindicar, la audaz Marfisa
A su caballo advierte

Con la espuela tambien que tiene prisa;
Mas no llegan á tiempo las doncellas
De impedir al monarca
Que por postigo, que se cierra ante ellas,
Penetre en la ciudad, donde se embarca.

Cual juntas á su choza dos panteras,
Avergonzadas, tornanse lijeras
Si alcanzar no consiguen
Al ciervo ó á la cabra á quien persiguen;
Así las dos doncellas, suspirando,
Atras se vuelven, cuando
Al moro rey contemplan en franquía;
Mas no por eso su coraje aplacan.
De la turba, que huía,
Lánzase en medio; con furor la atacan,
Y á miles de infelices que cortados
Hallan del hondo Ródano los puentes,
Y á quienes la ciudad sus puertas cierra,
Para no alzarse mas lanzan en tierra.

¡ Oh miserable plebe, destinada
A perecer por un tirano impio,
Cual de ovejas ó cabras vil manada!
Lánzase el uno al mar, el otro al rio.
Cual perece en el campo del combate,
Pocos son los que quedan prisioneros,
Que pocos hay que valgan su rescate.

Bien que mayor incomparablemente
La copia fué de la africana gente
Que dejaron sin vida los prodigios
De las dos damas, fué de entrambas partes
Grande la mortandad, de que vestigios
Fúnebres yense al pié de los baluartes,
En el paraje aciago
Donde el Ródano forma un vasto lago.

El ancla entónces Agramante alzando,
Con sus buques mayores
Se lanza presto en alta mar, dejando
Los menores atras, con el objeto

De que en ellos hallar sus partidarios
 Refugio puedan en tan grande aprieto.
 Por recoger á aquellos, y contrarios
 Siéndole el mar y el viento,
 Aguarda allí dos dias; al tercero
 A sus naves por fin las riendas suelta,
 Dispuesto á dar hácia África la vuelta.

Temeroso Marsilio que hasta España
 Sus estragos extienda
 La tempestad horrenda
 Que del rey Cárlos levantó la saña,
 Desembarca en Valencia, y sin sosiego
 Repara de sus muros los baluartes
 Y se apresta á la guerra, que fué luego
 Ruina de sus amigos y estandartes.

Hácia África Agramante sus navíos
 Mas armados y ya casi vacíos
 Dirige en fin; la cuarta parte apénas
 De su gente acompaña, que en Francia
 Muerto el resto quedó, ó entre cadenas.
 Quéjense todos. Uno su arrogancia,
 Otro su estolidez ó su perfidia
 Reprocha al rey: mas, cual aviene siempre,
 Cada cual acusándole en secreto,
 Por temor ó por fuerza, se está quieto.

Dos solo, ó tres, por el comun agravio
 O la amistad unidos,
 Despliegan atrevidos,
 Exhalando su cólera, los labios;
 Mas seguir este ejemplo el miedo veda
 A la chusma, que calla, disimula,
 Detras maldice, y por delante adula.
 De su fidelidad por tanto queda
 Persuadido Agramante, cual lo estaba
 De que la nubia hueste
 Las bisertinas playas ocupaba.

De combates hoy parco,
 Nueva sangre no quiere que le cueste,

Efectuándolo allí, su desembarco,
 Y en otro punto haciéndolo, proyecta
 Ir á unirse á Bransardo en línea recta.

Mas, fatal el destino,
 El plan desbarató de la prudencia;
 Pues la armada que, de hojas
 Nacida ha poco por poder divino,
 Las ondas va sureando hácia Provencia,
 Con la del moro vino
 A dar en alta mar, y en noche espesa,
 Para hacer aun mas grande su sorpresa.

Ignorando Agramante todavía
 Que esta escuadra hácia Francia Astolfo envia,
 Y que cubrir de buques una playa
 Podido un árbol con sus hojas haya,
 Tranquilo va bogando, y ni recela
 Poder ser atacado, ni preciso
 Juzga poner vigia ó centinela,
 Que de aquello que ocurra le dé aviso.

Así fué que Dudon, á cuyo mando
 Puso el inglés la formidable flota,
 Hácia la entrada de la noche, cuando
 Por su lenguaje nota
 Que moros son é infieles
 Los que tiene delante, á la improvisa
 Manda que á sus bajeles
 Sin tardanza y con impetu se embista.

De garfios y de sólidas cadenas
 Los de Dudon armados,
 Y por propicio viento segundados,
 Con tal furia en las naves agarenas
 Vienen á dar, que á muchas dellas lanzan
 Del fondo de la mar á las arenas.
 Sobre las otras luego
 Hierro, piedras y fuego
 En tal número arrojan, que no vido
 Borrasca igual el mar embravecido.
 La gente de Dudon, que ve el momento

Llegar de dar al árabe escarmiento,
 Con garfios, con espadas y ballestas
 Acomete á Agramante, que no sabe
 Como ó donde evitar riesgo tan grave.

A impulso de las máquinas funestas
 Destrozada este rey ve cada nave,
 Que, en sus tablas rajadas y entreabiertas
 Al espumante mar abre mil puertas;
 En tanto que la llama destructora,
 Pronta á encenderse y á apagarse tarda,
 Velas, remos y mástiles devora.

A tantos riesgos juntos, se acobarda
 Y trata de escapar la gente mora.
 Por el hierro enemigo
 Uno acosado, entre las ondas muere.
 Otro, nadando, quiere
 Ir á encontrar en otra barca abrigo;
 Mas esta, ya cargada hasta el exceso,
 Poco dispuesta á acrecentar su peso,
 Repele al que subir en ella intenta;
 Y, la mano cortándole, le arroja
 En el mar, cuyas ondas ensangrienta.

Otro, que en él pensó salvar su vida,
 O hacer su muerte un tanto ménos cruda,
 Viendo en fin que el nadar poco le ayuda,
 Y que el aliento y el vigor le falta,
 Hacia las llamas, de que huyó, temiendo
 Perecer en las ondas, vuelve; salta
 Sobre encendido leño, y no queriendo
 Ni en la onda ni la llama hallar la muerte,
 Perece entre las dos. Mas de uno, huyendo
 De las piedras y dardos
 Que los de Cristo arrojanles gallardos,
 ¡Cuitado! al mar su salvacion confia.
 Mas ya empiezo á temer que la voz mia
 Fastidio os llegue a dar; y por lo tanto
 A poner voy, señor, fin á este canto.

CANTO XL.

Fuga de Sobrino y de Agramante. — Asalto de Biserta. — Brandimarte penetrá en la ciudad. — Corren á su socorro Orlando y otros guerreros. — Incendio de Biserta. — Topan Agramante y Sobrino en una isla con Gradaso. — Desafian estos tres reyes á Orlando, el cual escoge por compañeros á Oliveros y á Brandimarte. — Batalla de Dudon contra Roger. — Dispónese este último á volver á Francia.

Allende que de aquel naval conflicto
 Largo fuera contar todos los casos,
 Narrároslos á vos empresa necia
 ¡Oh noble prole de Hércules invicto!
 Fuera, como llevar á Sámos vasos,
 Murciélagos á Grecia,
 Y caimanes al Nilo; pues, bizarro,
 Con vuestros ojos visteis
 Y ver al mundo hicisteis
 Combates cual el que de fama narro.

Grande y noble espectáculo á los ojos
 De vuestro fiel ejército ofrecisteis,
 Las enemigas velas incendiando,
 Y junto al Po cargándoos de despojos.
 Los aires llena funeral lamento,
 Púrpura tiñe el húmedo elemento,
 Y alegre vuestro pueblo al otro advierte
 Luchar contra mil géneros de muerte.

Yo no lo ví, señor; pues que, partido
 Seis dias ántes, sin descanso corro,
 Y á los pies del pontifice romano
 Fui á postrarme y á pedir socorro,
 Que obtuve, mas en vano,
 Pues ántes de mi vuelta uñas y morro
 Al leon de san Marcos refrenasteis,
 Y tornar á ofenderos le vedasteis.

Nada vi pues. Mas Alfonsino, Troto